

§ 91

La voluntad de Dios considerada como amor al mundo

Dios quiere y ama todas las cosas extradivinas (dogma; Vaticanum, S. 3, cap. 1, canon 5; D. 1.783 y 1.805).

1. La voluntad de Dios afirma toda realidad extradivina. No

la encuentra de antemano, para luego afirmarla; antes al contrario, la voluntad de Dios crea autocráticamente y con plena libertad todo lo que existe. Lo extradivino no constituye el fundamento de la voluntad divina, sino, al contrario, esta voluntad es el fundamento de lo extradivino. Dios no quiere una cosa a causa de otra cosa. Pero, no obstante, sí quiere que las criaturas estén en relación las unas con las otras, que una criatura sea la causa de otra. Aunque la voluntad de Dios con respecto a lo extradivino carezca de causa, no es una voluntad ciega y arbitraria (irracional). El fundamento intradivino de su querer es Dios mismo considerado desde el punto de vista del amor y de la sabiduría, no en el sentido de que la sabiduría sea como una luz que preceda a las decisiones voluntarias o en el sentido de que el amor le obligue a tomar decisiones determinadas. La sabiduría, la bondad y la voluntad son un solo y único acto puro (*purus actus*). Por consiguiente, la voluntad de Dios es su propia racionalidad y la bondad misma, y por eso tiene en sí mismo su fundamento, claro, autoconsciente y autoafirmativo.

La libertad de Dios con respecto a lo extradivino no es la capacidad de decidirse en pro de una acción determinada a base de reflexiones precedentes. Cuando hablamos de la libertad divina queremos decir que la voluntad con que Dios quiere a las criaturas—voluntad eterna, inmutable e idéntica con la esencia—no tiene más fundamento que el amor y la sabiduría de Dios (no *libertas contrarietatis*, sino *exercitii et specificationis*). Como dice el Maestro Eckehart, la libertad de Dios consiste en no tener un «por qué».

San Agustín escribe (*In Ps. 134, 10 y sigs.*): «Su voluntad es causa de todo lo que Él ha hecho. Tú has hecho una casa porque si no hubieras querido hacerla te habrías quedado sin habitación: La necesidad te impone hacer una casa, no la libre voluntad. Tú te haces un vestido porque si no te lo hicieras tendrías que ir desnudo: es, pues, la necesidad la que te obliga a hacerte un vestido y no la libre voluntad. Tú plantaste una viña y sembraste semillas porque de no haberlo hecho te faltaría el alimento; todo esto lo haces impelido por la necesidad. Dios lo hizo todo a causa de su bondad, no necesitando ninguna de las cosas que ha hecho. Por eso ha hecho lo que ha querido (*Przywara, Augustinus, 538 y sigs.*).

En lo que concierne a la libertad de la voluntad de Dios frente a las criaturas, véase el tratado sobre la Creación.

2. La voluntad con que Dios quiere las cosas no está fuera de éstas. Antes bien, opera y crea en ellas. De esta manera, conduce a la naturaleza y al hombre hacia la perfección. Eckhart dice en

sus sermones doctrinales (Bernhart, *Meister Eckhart*, en «*Deutsche Mystiker*», pág. 122): «Dios no es nunca el destructor de un bien, sino el consumidor. Dios no es el destructor de la naturaleza, sino su consumidor.» En toda situación Dios se halla presente como sujeto operante y creador. (Véase explicaciones detalladas en el tratado sobre la Creación.)

La voluntad con que Dios quiere las criaturas no es una voluntad general, es una voluntad que se refiere y afecta a cada una de las criaturas en cada momento. En cada una de las situaciones existenciales, con la diversidad de sus deberes concretos y determinados, la encontramos no sólo bajo la forma de imposición y obligación, sino también bajo la de voluntad activa y operante, ayudándonos a salir hacia adelante en toda situación humana, ya sea ésta moral, espiritual o religiosa. (Véase explicaciones más detalladas en el tratado sobre la Gracia.) Aun cuando el hombre desfallezca y fracase, la voluntad de Dios continúa estando presente en él, a manera de fuerza creadora que le impele hacia adelante y le señala una nueva dirección para que pueda vencer las dificultades de la situación ocasionada por el fracaso.

3. La voluntad de Dios con respecto a las criaturas es amor, es un amor infinito. Dios crea en la vida humana como amante, más aún, como el amor mismo. El fundamento profundo de todo lo real es, pues, el amor, un amor incesantemente activo y creador. Este amor constituye en todo momento el fundamento y el sostén de todo el ser y del obrar. El amor de Dios es infinitamente íntimo y poderoso.

Dios, el amor personal, está íntimamente presente en las criaturas por Él amadas. Su amor se extiende a todas las cosas, según su ser total y según su capacidad de ser amadas. El amor con que Dios las compenetra es más íntimo y profundo que el amor con que ellas puedan amarse. El amor de Dios dispone, pues, de fuerza unitiva en grado supremo. Pero este amor no es ternura y caricia, no es blandura o sensiblería. El amor de Dios es distinto del amor humano. Tiende a conducir al hombre hacia un estado de gloria, grandeza y dignidad. Por eso se esfuerza siempre por hacer al hombre mejor y más rico en lo interno. Por eso tiene que imponerle obligaciones, tiene que inquietarle y perturbarle, sacándole de su estrechez egoísta y luchando contra su tendencia a entregarse al mundo. Por eso a veces son dolorosos los caminos por los que nos conduce el amor de Dios; caminos que crea el

amor, que no puede menos de crear por amor al hombre. (Véase el tratado sobre la Providencia.)

El amor de Dios no es una respuesta a nuestra bondad, sino la fuerza que crea esa bondad. Con bondad incausada se entrega Dios al hombre (*bonum est diffusivum sui*; el bien tiende de por sí a difundirse). La bondad de Dios tiende a donarse libremente a otros, lo mismo que la luz se derrama por los espacios. Esta definición de Dios, derivada del neoplatonismo, puede ayudarnos a explicar en qué consiste el amor que es Dios, según el Nuevo Testamento (*I Io.* 4, 4). Pero conviene no perder de vista la diferencia esencial: según el neoplatonismo, Dios se derrama y se extiende con necesidad natural, lo mismo que la luz del sol; según el Nuevo Testamento, se trata de una decisión libre. A causa de su bondad Dios hace que las criaturas participen en su bondad, creando la bondad de todo lo que existe. Dios sale de sí mismo, por decirlo así, hace que su bondad se derrame hacia afuera. No sucede lo mismo que en el hombre, el cual, al salir de sí mismo mediante el amor, puede ahondarse tanto más en sí mismo, puesto que el amor le vuelve más rico y profundo. Dios no puede experimentar ningún tipo de enriquecimiento ni ahondamiento. Al amarse con fuerza infinita, de igual categoría que su bondad, quiere que las criaturas participen en esa bondad. Ama a las criaturas en tanto que vuelve a encontrar en éstas la gloria de su propio ser, finitamente realizada en lo creado. Por consiguiente, el amor a sí mismo y el amor al mundo no se excluyen mutuamente; al contrario, se compenetran de la manera más perfecta. No sabríamos decir por qué Dios activa el amor a sí mismo permitiendo que las criaturas participen en su gloria. (Véase el tratado sobre la Creación.)

A pesar de que el amor de Dios sea totalmente simple—un puro acto subsistente—, se puede decir con corrección que Dios no ama del mismo modo a todas las criaturas. Él ama a unas con mayor intensidad, a otras no tan intensamente (favoritas de Dios). Con esto no se afirma que en Dios haya varios movimientos amorosos de fuerza distinta. El verdadero sentido es el siguiente: con un solo acto de su amor infinitamente íntimo introduce más o menos profundamente a cada una de las criaturas en su gloria, hace que cada una de las criaturas participe más o menos intensamente de esa gloria, comunica a cada una de ellas un mayor o menor grado de ser y vida, y, por consiguiente, un mayor o me-

TEOLOGIA DOGMÁTICA

nor grado de bondad y bienaventuranza. La desigualdad del amor divino se refiere, pues, a los efectos producidos por ese amor.

La criatura libre posee la capacidad de rechazar el amor que penetra en su ser, que desea elevarla a un grado supremo de existencialidad y de plenitud vital. En la criatura que rechaza el amor, se convierte éste en juicio.

El amor con que Dios ama a las criaturas se manifiesta de diferentes modos, bajo la forma de benevolencia, magnanimidad, clemencia, merced, filantropía, generosidad, amistad y misericordia.